

RÉSTIF DE LA BRETONNE. LA TRANSICIÓN DEL ESPACIO UTÓPICO EXPERIMENTAL AL ESPACIO REDUCIDO

Walter Burriguini

Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

La crítica tradicionalmente ha sido muy severa con Réstif de la Bretonne, a quien ha relegado a un segundo plano durante más de cien años por considerarlo un autor marginal. A principios del siglo XX es rescatado de la oscuridad gracias a las teorías freudianas pero recién en los años sesenta se estudia su obra desde otros puntos de vista. Contribuyendo a esta línea, el presente artículo intenta aportar elementos que permitan devolver a Réstif de la Bretonne el lugar que le corresponde dentro de la historia de la literatura y del pensamiento político.

A lo largo del siglo XVIII el espacio adquiere un valor fundamental porque se supone que debe ser conocido y dominado para poseer las leyes del mundo entero. Dentro de este marco la novela utópica de nuestro autor titulada El Descubrimiento Austral. Novela Filosófica, textualiza posturas aparentemente disímiles acerca del espacio que convierten a Réstif en uno de los símbolos del período de transición que representa. Las ideas vertidas en esta novela nos permiten afirmar que Réstif de la Bretonne se adelanta, sin duda, a movimientos del siglo XIX como el Socialismo Utópico, el Romanticismo y el Nacionalismo.

Palabras claves: Réstif de la Bretonne - novela utópica - El descubrimiento austral.

Abstract

Traditionally, critics have been severe on Réstif de la Bretonne, relegating him for over a century as a second-line author. He is brought into the spotlight

again at the beginning of the 20th century thanks to Freudian theories; but it is only in the 70's when he is approached from other perspectives. In this line, the present paper aims at adding elements which may help to reconsider Réstif de la Bretonne in the place he deserves both in the history of literature and of political thought.

Throughout the 18th century, space acquires a central role, as it should be known and mastered to own the laws of the world. In this background, the utopic novel The Southern Discovery, Philosfic Novel, gives textual form to seemingly different concepts about space. This makes Réstif one of the symbols of the transition period he represents. The ideas expressed in this novel prompt us to state that Réstif de la Bretonne foreshadows 19th-century movements like Utopic Socialism, Romanticism, and Nationalism.

Key words: Réstif de la Bretonne - Utopian novel - The austral discovery.

Introducción

La crítica tradicionalmente ha sido muy severa con Réstif de la Bretonne (1734-1806), relegándolo a un segundo plano durante más de cien años por considerarlo un autor marginal. Sus conocidas inclinaciones sexuales y las permanentes alusiones al tema presentes hasta en sus obras políticas, se conjugaron para ponerle el rótulo de “autor libertino”. A principios del siglo XX es rescatado de la oscuridad gracias al auge de las teorías freudianas que lo utilizaron para hacer un diagnóstico del fetichismo, pero no será sino hasta los años sesenta de ese siglo cuando el trabajo de este autor comience a ser estudiado desde otro punto de vista, tomando su personalidad sólo como una variable más de la obra. Avanzando por esta misma senda, el presente artículo intenta aportar elementos que permitan devolver a Réstif de la Bretonne el lugar que le corresponde dentro de la historia de la literatura y del pensamiento político.

La Utop a¹ es un “hecho de cultura” y como tal se nutre de los supuestos e ideas de la época en que se produce. En otras palabras, cada Utopía es significativa por sí misma, pero sobre todo en relación al momento histórico en la que nace. Por eso Réstif de la Bretonne subtitula la novela utópica *El Descubrimiento Austral* con el sugerente rótulo de *Novela Filosófica*². Es que la actitud de su época, marcada por el

movimiento ilustrado, es filosófica y científica, basada en la creencia del poder omnipotente de la razón humana. En este sentido, el largo título no hace más que resumir la fascinación del período por la exploración y la experimentación. Dentro de ese clima cultural, el “espacio” adquiere un valor fundamental, porque el pensador del siglo XVIII supone que debe conocerlo y dominarlo para poder descubrir las leyes del universo entero. De este modo, el protagonista de la novela es presentado como un personaje que recorre los confines del mundo. Paradójicamente, también aparece asociado estrechamente a un paisaje, a un marco espacial inmediato. El autor, por ejemplo, describe entornos que se conectan con los sentimientos igualitarios y las actitudes bondadosas de quienes forman esa comunidad imaginada. No se trata del tipo de influencia externa que postulaba Montesquieu, sino de una verdadera asimilación. El medio ambiente es señalado simultáneamente como una fuerza que configura el carácter de los personajes. La presencia de estas posturas aparentemente disímiles en la obra transforman a su autor en uno de los símbolos del período de transición que representa, transición que intentaremos visualizar en el análisis de las distintas percepciones del “espacio” presentes en el pensamiento retiviano. Hemos abordado nuestra investigación a partir del estudio de la novela utópica *El Descubrimiento Austral*, no estudiada hasta el momento, donde se perfilan algunos de los principios del pensamiento ilustrado que el siglo XIX llevará definitivamente a sus consecuencias lógicas. Veremos a lo largo del presente trabajo entonces, cómo las ideas de Réstif reflejan algunos supuestos que condicionarán la percepción del “espacio” durante este período de transición.

El autor y la obra

Nicolás Edme Réstif de la Bretonne nació el 23 de octubre de 1734 en Borgoña, en el seno de una familia jansenista³ de la campiña francesa. A los once años se encuentra en París, donde trabaja como aprendiz de impresor. Recién en 1767 publica su primer obra, *La Familia Virtuosa*, y en 1775 su primera utopía, *El Campesino Pervertido* que llama la atención del público. Después de este éxito se transforma en un pseudo filósofo, pasando de simples narraciones a visiones mucho más amplias

sobre la reforma social. Luego de 1789 comienza a trabajar al servicio de la policía, además de comenzar la redacción de una obra autobiográfica titulada *Señor Nicolás*, en la que perdió lo poco que la devaluación revolucionaria dejó de su fortuna. Las instituciones culturales que fueron organizadas a partir del Año III no le dejaron ningún lugar, a pesar de su apoyo. Así, muere el 3 de febrero de 1806 en la marginalidad que lo había acompañado toda su vida, y que lo acompañaría también en su muerte por poco más de un siglo. Durante ese tiempo, Réstif de la Bretonne quedó “excluido” de la literatura. Es que el tema sexual se aparece hasta en sus obras filosófico-políticas:

Al alejarse las damas, el joven príncipe hizo entrar a las oficialas para que desvistieran a su esposa; la operación duró una hora, lo que pareció un siglo al marido. Al fin estuvo a solas con la bella Ishmichtrifs, cuya juventud e inocencia le prometían placeres sin cuento; los gozó e hizo gozar esas delicias inenarrables a su compañera [...] La hermosa mujer [...] moderó su fuego inextinguible y lo obligó a dormir en su regazo⁴.

Como él mismo reconoce, su vida se desarrolló en un ambiente marginal, libertino y nada estable⁵: “Me llamo el Compadre Nicolás. He sido pastor, viñatero, aprendiz de fraile, artesano, casado, cornudo, libertino, sabio, estúpido, espiritual, ignorante y filósofo” (p. 310).

Este ritmo inestable no le impidió convertirse en un autor prolífero, ni menguó su talento. “Incomparable narrador”, según Margarita Bravo de Zarco, su copiosa obra, formada por alrededor de doscientos volúmenes “de recuerdos, sueños y observaciones, rebosantes de genio literario, impresos por él mismo, directamente, sin manuscritos y de los cuales se desprende la sensibilidad de un autor francés, testigo del espectacular derrumbe del Antiguo Régimen”⁶. En el aspecto literario, ésta es la principal característica de la creación retiviana: lo imaginario baña toda su obra. Sin embargo, la tradición crítica lo ha clasificado como realista, como costumbrista. “La ilusión viene del hecho que él abre la literatura al pueblo humilde de las ciudades y del campo, que habla su lengua”⁷. Sus personajes novelescos pertenecen a la burguesía rural o de la ciudad y al proletariado, excluidos hasta ese momento de los grandes géneros.

Escrita en 1781, en los “momentos previos” a la Revolución, la novela utópica *El Descubrimiento Austral* relata las aventuras de Victorino, joven campesino enamorado de la noble Cristina. La diferencia de estamentos sociales le impide unirse a ella, por lo que Victorino decide raptarla y casarse a la fuerza. Para cumplir su plan, fabrica unas alas. Inmediatamente, comienza a construir un reino en el “Monte Inaccesible”, un lugar inhóspito, del cual serían ambos soberanos absolutos. Valiéndose de su ingenioso instrumento, traslada hacia allí los elementos y personas necesarios para hacerlo habitable. Mientras tanto, espera el momento oportuno para raptar a Cristina. Finalmente, llegan a ocupar el lugar que les corresponde en su reino del “Monte Inaccesible”. Pero pocos años después -lapso en el que ordenan su comunidad en un modelo de virtud e igualdad-, y debido al incremento de la población, el soberano Victorino decide trasladar su reino a un lugar más alejado, donde gracias al aislamiento, las características particulares del ambiente, pero sobre todo, a su capacidad como soberano todopoderoso, la comunidad podrá mantener la virtud de las costumbres. El lugar elegido será el remoto continente austral, plagado de islas. Llega primero a la isla que bautizarán con el nombre de Cristina, en honor a su reina, habitada por nativos llamados “hombres de la noche” (por su naturaleza que solo les permitía salir de noche), con los cuales aprenden a convivir. Una vez logrado esto, Victorino y sus hijos varones exploran y extienden hacia las islas vecinas su soberanía, basada en una tolerancia como ningún país europeo había conocido. Así, colonizarán el archipiélago de la Patagonia austral retiviana compuesta por veinte islas, habitada por seres inspirado en la mitología clásica⁸. En la última isla entran en contacto una sociedad perfecta, que les transmite sus conocimientos científicos, filosóficos y morales.

La construcción del “espacio” moderno

El pensamiento occidental se ha ocupado con más frecuencia del problema del “tiempo”. En cambio, los problemas relacionados con el “espacio” no se encuentran comúnmente explícitos, sino implícitos. Comprendido esto, no podemos dejar de mencionar aspectos muy generales del proceso evolutivo del pensamiento moderno y de la

percepción espacial en sus distintas etapas para captar en toda su magnitud el carácter transitivo del pensamiento retiviano y de su noción de “espacio”.

La cosmología medieval se había formado una imagen estática del universo. La vida del hombre debía transcurrir en un mundo escatológico fuera de todo tiempo y de toda realidad terrena, porque era entendida sólo como un paso en su camino a la Vida Eterna. En este esquema, el hombre era una pieza más dentro del misterioso plan de la Providencia y su actitud era expectante frente a Dios, sin tomar parte activa en la construcción de su propio destino. No aspiraba a conocer la realidad, sino a interpretar en ella el mensaje divino. Por lo tanto, la concepción del espacio y de la forma de la Tierra era simbólica⁹. En los rudimentarios mapas de la época, por ejemplo, Jerusalén, la Tierra Santa aparece dibujada siempre en el centro del mundo. “El cartógrafo del la Alta Edad Media procede por deducción; partiendo de un principio, extrae los elementos de una representación. De este modo, explicita, interpreta; su objetivo es confirmar, no crear un conocimiento”¹⁰. Pero, desde la Alta Edad Media hasta el surgimiento de la “modernidad” en el siglo XVI, el espíritu europeo tiende lentamente a pasar de una concepción y percepción simbólica del “espacio” a una realidad mensurable¹¹.

La visión teocéntrica medieval dejó sin contemplar muchos aspectos de la vida humana. El Renacimiento –que inaugura la “modernidad”– trata de superar ese sistema, no destruyéndolo o desconociéndolo, sino completándolo con lo que los pensadores del período creían le faltaba. El hombre y su vida en la tierra, sin más límites que los de las leyes eternas, comienzan a ser exaltados como manifestación de la grandeza Divina. En sintonía con esto, aparece una exigencia nueva para satisfacer la revalorada naturaleza racional del hombre: distinguir lo verdadero. Sin embargo, aunque poco a poco se impone un criterio de exactitud en la observación del espacio, incluso durante el siglo XVII la representación cartográfica de éste pertenecerá aún al imaginario. Es que la actitud crítica de Francis Bacon (1561-1626) y Renato Descartes (1596-1650) respecto al pensamiento escolástico medieval, no pueden aún en los inicios de ese siglo detener la inercia de las tradiciones¹². Estos pensadores aspiraban a romper definitivamente con la concepción estática tradicional para imponer una concepción dinámica, pasando de una meta

contemplativa a una meta utilitaria. Bacon sostenía la necesidad de llevar el conocimiento a fines más prácticos y útiles, lo que permitiría al hombre dominar el mundo en su provecho para “ensanchar las fronteras del imperio humano, para efectuar las cosas posibles”¹³, forjando la confianza del hombre moderno en su propio poder. Pero no fue sino hasta la llegada de Isaac Newton (1643-1727) que esas ideas adquirirían un contenido real, inaugurando una modernidad fascinada por el modelo matemático del universo. Newton logró formar la imagen de un sistema del universo completa, con leyes fijas demostrables matemáticamente, y que operaban de tal forma que permitían realizar predicciones sobre su funcionamiento. El universo comienza a ser entendido como un libro donde podían leerse y descubrirse todas sus leyes en lenguaje matemático, para poder ser utilizadas en beneficio del hombre. Un planteo tan potente como el realizado por Newton, no sólo permitiría la consagración de métodos cartográficos de base matemática en el siglo XVII, que buscan representar una realidad espacial útil, sino también condicionaría directamente la concepción de “espacio” de los dos siglos posteriores.

Como consecuencia de este proceso, los pensadores llegaron al siglo XVIII con la firme convicción de que estaban viviendo una edad filosófica, de hombres pensantes, y en la cual el conocimiento debía nacer de la experiencia, no del autoritario libro del pasado y las tradiciones¹⁴. Pero contrariamente a lo que se afirma habitualmente, la Ilustración no fue el único movimiento intelectual del siglo. Sin embargo, fue el espíritu del período:

[...]la Ilustración [...] fue un gozne en torno al cual las naciones europeas giraron al pasar de la Edad Media a los tiempos “modernos”, determinando el paso de un tipo de pensamiento sobrenaturalista - mítico - autoritario, a un tipo naturalista - científico - individualista. Según este concepto, la Ilustración representó el mayor impulso del pensamiento del siglo XVIII; sin embargo, digamos de paso, como cada vez más a menudo lo sostienen los estudios modernos, que la propia Ilustración es en cierta manera como un blanco móvil, sutilmente distinto en los diversos países, entre fases anteriores y posteriores; que nunca dejó de ser un movimiento complejo, cargado de frecuentes dudas,

cambios de opinión y divisiones internas y que estuvo lejos de abarcar todo pensamiento importante o seminal del siglo XVIII¹⁵.

Más que un conjunto de ideas, la Ilustración fue un estado espiritual, una actitud especial frente al conocimiento del mundo y la Naturaleza, marcando el carácter de las diversas corrientes del siglo, no sólo de pensamiento sino también artísticas y literarias como el Neoclasicismo¹⁶. Ésa es la fuente de la confusión. Gracias a la confianza en la potencia cognoscitiva del hombre, surgió la necesidad de cuestionar y examinar las ideas y los valores recibidos, en la mayoría de los casos para combatirlos abiertamente, pero en otros para reafirmar o justificar la sabiduría heredada del pasado a través de los nuevos métodos de conocimiento:

Ha habido gigantes, hombres con cola, mujeres planas, hombres velludos, hombres de la noche, creo también que ha habido sátiros y faunos y verdaderos centauros, diferentes a los que nos pintaron los griegos, con dos vientres, dos estómagos, y dos pechos lo que no es verdad. Los verdaderos centauros estaban conformados de manera que las partes nobles no estuvieran partidas (p. 22).

Estas leyes eran más sabias que las de Licurgo, pues en Esparta el trabajo estaba entregado a los ilotas esclavos, lo que rebajó las profesiones, las artes, los oficios y aun la urbanidad (p. 155).

Su característica principal fue consagrar el valor de la observación y experimentación como medio para el descubrimiento de la verdad. En el contexto de este empirismo sistemático, emerge durante el siglo una combinación de “curiosidad” y “necesidades prácticas” que se traducen en una doble aspiración: *Exploración* y *Experimentación*, correspondientes respectivamente a dos fases del pensamiento del siglo XVIII. Cronológicamente se manifiestan en ese orden, aunque coexistieron complementándose desde mediados del siglo, con un marcado predominio del segundo desde ese momento.

La psiquis: núcleo y medida del “espacio” moderno

La Exploración surge como parte de un proceso de desarrollo del conocimiento empírico y de perfeccionamiento de una cartografía que auguraba un futuro de itinerarios precisos hacia un progreso infinito, sin predeterminaciones¹⁷. De este modo, el protagonista de la novela *El Descubrimiento Austral* es presentado al mismo tiempo como un “ser ávido de espacio” y de conocimiento, que explora los confines del mundo y llega hasta la antípoda de Europa:

[...] el país de donde procedemos originalmente está infinitamente más lejos, está en el otro polo y para llegar allá hay que atravesar la zona tórrida. Esta hazaña la efectuó nuestro padre, el ingeniero Victorino, quien vino al Polo Austral y creó aquí un imperio francés, es decir, de la nación más civilizada de Europa, Asia y África, y la América. La inteligencia y la sagacidad de Victorino fue la base de su destino : es el inventor de las alas postizas, que sus hijos han perfeccionado ; es el soberano sabio y justo, que no ha oprimido a los aborígenes de las diferentes islas [...] (p. 180).

Desde los humanistas del Renacimiento, la acción comienza a ser para el hombre la “expresión de la autonomía de su voluntad”, autonomía en la que residía en última instancia la dignidad de su condición humana. Este concepto trae implícita la idea de que el hombre debe diseñar su propia historia y ordenar la sociedad sobre la base de principios racionales y decidir sobre su futuro, conscientemente y en el sentido de la “mejor realización posible”. Aun a pesar de haber sido inspirado por cierta providencialidad y misionarismo que todavía llenaban los espíritus renacentistas, el descubrimiento de América demostró cómo esa voluntad e inteligencia humana podían tener un valor práctico que redundaría en beneficios concretos para el hombre, gracias a que la razón debelaría - siempre que aquél se lo propusiera- los secretos que guardaba el universo. Sentado este precedente en la conciencia europea, el impulso exploratorio del siglo XVIII permite renovar el misterio sobre el Nuevo Continente gracias a que quedaban aún amplias regiones sin explorar en profundidad, como las áreas patagónicas y antárticas, a pesar de los siglos transcurridos desde su descubrimiento, y haber sido recorridas en su contorno¹⁸.

Pero a medida que avanzaba el siglo con sus intentos de exploración del mundo y la Naturaleza del universo, los filósofos tomaban conciencia de su inmensidad, y aun cuando siguieron creyendo en un orden general e inamovible, no confiaban ya en que la “razón” pudiera conocerlo en su totalidad. Alejada esta posibilidad, cayeron en la cuenta de que, si bien gran parte del universo y sus leyes permanecerían misteriosos, las cosas que hacía y pensaba el hombre eran más accesibles. Se plantearon, además, el hecho de que si la humanidad desapareciera de la tierra, no quedaría nadie para contemplar la Naturaleza; las tinieblas y la oscuridad cubrirían el mundo. Concluyeron que solamente la presencia del hombre daba sentido y significado a la existencia del universo, cuyas leyes, por otra parte, podían ser dominadas sólo parcialmente.

No fue Kant quien primero planteó esta cuestión, aunque le dio, eso sí, una significación más honda y una solución radicalmente nueva. *Ingenii limites definire*, “fijar los límites del espíritu”, será el objetivo general que marca el viraje lento de una meta “exploratoria” a una “experimental”, cuya aspiración consiste en trasladar el centro de gravedad del conocimiento al interior del propio hombre, y delimitar el espacio para dominarlo¹⁹. Este esquema presupone la presencia de un ojo único que cierra el espacio con fronteras que llegan hasta donde alcanza su “visión” panorámica. Es por lo tanto una concepción centralista, global e individualizante al mismo tiempo, según la cual los individuos debían ser libres dentro de ciertos límites²⁰. El instrumento que lentamente comienza a perfilarse en la conciencia europea para dar valor a la percepción del espacio es la perspectiva: los seres y las cosas dispersas en el universo quedan unidas por una mirada central que da sentido a su existencia. En *El Descubrimiento Austral* el autor imagina como centro de su sociedad ideal al Soberano Victorino, “sabio legislador” de estilo rousseoniano, bajo cuyo control desaparecen las contradicciones en el seno social y se mantiene el orden de la comunidad:

[...] Me doy cuenta de que aquí no existen vicios, pero les falta energía propia. Y estoy segura que si no fuera por las leyes que tú has dictado, y por ser tú el alma del Monte Inaccesible, todos se entregarían a la molicie (p. 89).

RÉSTIF DE LA BRETONNE

Reformadores de este período como Rousseau, creían que los individuos asimilarían la satisfacción de sus propios intereses particulares con el interés general por el hecho de ser observadas y controlados²¹:

[...] el buen sentido me dice que debes tú señalarles los vicios que están repartidos por el mundo, de manera que esos futuros ciudadanos encerrados, ahora cultivando las virtudes, no sean presa fácil de la potencia europea que los descubra (p. 89).

Pero lo que consolida nuestra moral es que ella *-(la satisfacción)-* no queda entregada a la fantasía particular, como sucede en Europa, sino que es un atributo uniforme y público dentro de la comunidad (p. 206).

Por eso el autor construye sociedades sumamente racionalistas en la que la tranquilidad de los individuos queda asegurada por un cúmulo de ordenanzas donde no se deja nada al azar. Todo queda perfectamente regulado: el matrimonio, la educación, las relaciones sexuales, etc.:

El día se reparte en dos porciones iguales: doce horas de sueño o de reposo absoluto y doce horas de acción intensa. Se entiende que en las doce horas de reposo están comprendidas las que el hombre dedica al hogar, a sus hijos y al amor. Las horas públicas comienzan a las seis de la mañana y terminan con el sol, a las seis de la tarde (p. 200).

Al igual que sus contemporáneos, a Réstif lo inspiran los ideales revolucionarios que inundaban la Francia de su época: una sociedad transparente, visible y legible a la vez en cada una de sus partes; que no existan zonas oscuras, zonas ordenadas por los privilegios del poder real o por las prerrogativas de tal o cual cuerpo, de tal o cual persona, o incluso por el desorden:

La base de la felicidad está en la repartición igualitaria de los bienes, la igualdad de los medios de vida, en las prerrogativas y en la relación exacta entre los deberes del jefe y derecho de los súbditos (p. 171).

Ningún título de honor será hereditario. Toda reputación debe estar basada en hechos objetivos realizados por el individuo, el cual debe ser el artífice de su propia gloria. Al igual nadie podrá sufrir deshonor por los actos cometido por sus padres (p. 222).

Como dice Foucault, un miedo obsesivo ha recorrido la segunda mitad del siglo XVIII:

[...] el espacio oscuro, la pantalla de oscuridad que impide la entera visibilidad de las cosas, las gentes, las verdades. Disolver los fragmentos de noche que se oponen a la luz, hacer que no existan más espacios oscuros en la sociedad, demoler esas cámaras negras en las que se fomenta la arbitrariedad política, los caprichos del monarca, las supersticiones religiosas, los complots de los tiranos y los frailes, las ilusiones de ignorancia, las epidemias [...] ²².

Ésta es sin duda la razón de que las épocas anteriores no hayan conocido utopías en el sentido literal de la palabra: un experimento intelectual que intenta abarcar las posibilidades paralelas de la realidad, que penetra todos sus escondrijos por más oscuros e inaccesibles que parezcan. Frente a esta doble exigencia de “realidad” y “visibilidad”, los autores utópicos ya no crean sociedades ideales en espacios fantásticos, contracara de la visibilidad que quieren establecer, sino en espacios reales de su elección. En *El Descubrimiento Austral* -obra que participa de la gran cantidad de novelas utópicas publicadas en la segunda mitad del siglo XVIII-, el espacio elegido para imponer los principios de una felicidad disciplinada es un territorio escasamente explorado pero ampliamente recorrido en su contorno, es decir, la Patagonia:

Ustedes sabrán, excelentes ciudadanos, que la *Patagonia*, de donde venimos, está vecina de una isla llamada desde antiguo la Isla Nocturna y ahora la Isla Cristina, en recuerdo de mi abuela materna (p. 180).

Esto se debe a que la “conquista” terminaba de perder definitivamente en el siglo XVIII el contenido misionalista y de abandonar la metáfora de la peregrinación; ahora se confundía con el acto mismo de conocer, lo cual refleja hasta qué grado la conciencia europea

se vale de las consignas científicas de seleccionar, comparar y clasificar como instrumentos para “apropiarse” del mundo y asumirse como civilización rectora, con un mandato universal. A esta altura, como se puede deducir, la región austral en particular y América en general, es percibida “como un desafío filosófico, teleológico, cosmográfico y político”²³:

[...] en la zona austral, la situación es diferente; sus habitantes no tienen nada de común con nosotros sino la tierra que pisan; respiran otro aire; disfrutando de otras estaciones; la duración de sus días y noches es opuesta a la nuestras (p. 20).

Es que la impronta de las ideas de esta segunda mitad del siglo XVIII establece una nueva relación entre sujeto y objeto, que se transforma en una retórica justificadora del deseo de control planetario europeo: si el mundo y las cosas dispersas en él cobran sentido y existen sólo gracias a que son percibidos, el objeto “observado” se beneficia y se aprovecha también del sujeto que “observa”. El proceso de dominación concluía con la satisfacción acrecentada del sujeto y del objeto. Esto implicaba entender la “colonización” como una obligación moral, pero fundamentalmente como un “gesto de solidaridad”. La dominación europea queda automáticamente disociada del dolor y la destrucción:

[...] Alejandro pensó para sí que esos dos seres volverían a su nivel de brutos si no se poblaba la isla con familiares de hombres normales, gracias a lo cual podrían hablar la lengua francesa y gustar de los productos de la civilización (p. 142).

Sin embargo, y paradójicamente, aparece paralelamente en *El Descubrimiento Austral* una nueva sensibilidad que representa, al mismo tiempo, una nueva posición frente al espacio: “[...]Tal vez fueran más felices que los seres humanos, en quienes el sentimiento del bien y del mal, el conocimiento de la muerte, y sus inquietudes les impide disfrutar de los simples placeres de la animalidad (p. 83).

La sociedad ideada por Réstif reniega de la civilización occidental, lo que apunta a un concepto de Naturaleza como opuesta al arte y la civilización:

De nuestras bocas sólo salen verdades objetivas. La máscara de la alegría y de la fábula es, pensamos, indigna de un hijo de la naturaleza, ese lenguaje lo dejamos a los monos-hombres [...] Por esto mismo la comedia y el drama están prohibidas en el reino; dejamos el género a los habitantes de la Isla de los Hombres-Monos o a los europeos inconsecuentes (p. 207).

Sólo los europeos, alejados de la Naturaleza practicaban y necesitaban las artes :

-¿Tienen Uds. espectáculos, representaciones dramáticas, ilustre megapatagón?

-Ese tipo de placeres son baladíes, apropiados a naciones de niños [...] Nosotros no apreciamos sino las realidades y no tenemos tiempo para tejer imágenes.

-¿No cultivan entonces las artes, la pintura, la escultura, la música o la poesía?

-Despreciamos la pintura; nuestros cuadros son los hombres viriles y las mujeres hermosas que vemos todos los días. Sólo encontraríamos explicable este arte si el género humano estuviera a punto de desaparecer, y se encontrara en la imagen de ello un consuelo a la soledad. Entre nosotros la pintura y la escultura se juzga pueril (p. 203).

Como representación de la realidad, el arte no tiene sentido, pues no hay ninguna producción que supere a la Naturaleza, la cual se convierte en una obra suprema e irrepetible. Pero como toda obra, necesita una inteligencia que la piense y la ponga en movimiento. Por eso, aunque en *El Descubrimiento Austral*, la Naturaleza sigue entendida como el sistema establecido por Dios para la existencia y ordenamiento del universo, de acuerdo a los supuestos predominantes durante el siglo XVIII, el autor presenta una novedad en el enfoque: es también la manifestación permanente del Poder de Dios. Este enfoque rompe con el Deísmo predominante de pensadores como Voltaire, quienes imaginaban un Dios que luego de crear el universo se desentiende de él, o el materialismo de Denis Diderot y el Barón Henri d'Holbach, entre otros, que radicalizan las ideas volterianas para buscar la manera de eliminar a Dios por completo de la Naturaleza y el Universo, aún como Primera Causa, dando a la materia propiedades que antes solo tenía el Creador. La

Naturaleza sólo consistía en materia y movimiento, y el movimiento no procedía de ninguna fuente externa a ella misma²⁴:

[...] los materialistas de Europa han dicho la más absurda locura: que el todo estaba ciego y muerto ; es un raciocinio infantil, someter el proceso a ciertas leyes de la pesantez ; estas leyes, sin duda existen, pero son el efecto de la esencia de las cosas, y de los medios empleados por la inteligencia soberana, inherente a su potencia soberana y todopoderosa (p. 190).

La Naturaleza, según se deduce, no es ya para Réstif un objeto, un todo mecánico, tal cual lo concebía Newton, para convertirse en un todo orgánico al que Dios infundía vida y movimiento, del cual era su principio espiritual. “Contemplad la naturaleza como un todo viviente, dotada de inteligencia” (p. 187): “Vuestro filósofo transforma el Universo en un inmenso desierto, y disminuye la estatura del ser de los seres, el principio soberano del Cosmos. Amigos, creedme, todo está vivo en la naturaleza” (p. 185).

Pero, si como vimos, es el medio a través del cual la Potencia Divina se hace manifiesta, la Naturaleza representa la única posibilidad del hombre para percibir y conectarse con el Creador. Dios aparece como algo lejano, en cambio lo natural, más íntimo y familiar:

Esto es lo que nuestra razón puede concebir del Gran Ser, en el cual estamos todos englobados y por esta misma causa no podemos ni comprenderlo ni apereibirlo; sólo apereibimos a los seres finitos por grandes que sean: el sol, los planetas, etc. (p. 190).

En otras palabras, como el otro único ser espiritual, es decir, dotado de inteligencia, el hombre se vale de la Naturaleza para percibir y deducir ese Principio Espiritual que está más allá y le da vida al conjunto de materia que forma el Universo:

Los sacerdotes opinan que nosotros los mortales debemos dirigir nuestra plegaria al Sol y a la Tierra directamente, pues son ellos los que saben y conocen la existencia de un Dios universal, que nosotros desconocemos (p. 115).

Lo divino es esencia dinámica que se manifiesta en múltiples formas concretas, porque “Dios, que es el todo, no puede ser visto por nadie” (p. 190). Así, muestra al hombre unido al Todo

Les hemos inculcado con este fin que los seres al salir de los Soles germinadores y de la Tierra para formar individuos distintos en su apariencia, quedaron siempre unidos con el todo y la muerte no es sino un cambio de lugar de la materia, para vivir después en otra parte (p. 205)

aunque no como una pieza más, porque existe una comunicación especial y sin intermediarios entre esta unidad espiritual y la unidad espiritual superior en cuyo seno se encuentra:

-Señor, hasta el momento nada me habéis dicho de vuestra religión.

-Perdóneme, creo que de acuerdo con la idea que os he dado del Primer Principio, podéis deducir con facilidad nuestro credo.

-Pero, ¿en qué consiste el culto?

-En un solo principio: hacer de nuestro órganos físicos de una manera que sea acorde con la naturaleza.

-¿No tenéis, entonces, templos?

-Si –respondió el anciano, mostrando la naturaleza-: helos aquí. Cuatro veces al año, en la época de los solsticios y de los equinoccios, se reúne la Nación en fiesta públicas. En dichas ocasiones el hombre más anciano rinde los homenajes: Primero a la tierra-madre; en seguida al sol-padre, después se recita una fórmula que ata a las dos potencias, a las que se rinde común pleitesía (p. 199).

La Naturaleza deja de ser un mundo exterior para convertirse en un espíritu fusionado con el espíritu del hombre, y que por eso experimenta emociones típicamente humanas a la par de aquel. La obsesión por el tema sexual hace que Réstif incluso transforme en su imaginación al Universo en un conjunto de materia con capacidad para el goce,

En verdad, si el sol es más tórrido que la tierra, es por que ésta, que es una hembra, no tiene esperma fermentativa y fecunda, privilegio de los machos, posesión que pone al hombre por encima

RÉSTIF DE LA BRETONNE

de la mujer [...]De lo dicho se deriva que la tierra recibe del sol, que es su padre y su macho, un calor animal, que la penetra ; recibe continuamente estas emanaciones, y la envía a la vez, lo mismo que los otros planetas (p. 185)

lo cual refleja un nuevo giro en la aproximación humana al espacio: lo interior condiciona lo exterior. En definitiva, el autor concibe a la Naturaleza como algo “que interesa menos como lo que es que como expresión de los sentimientos del hombre”²⁵. Así, en el *Espectador Nocturno*, por ejemplo, firma con el seudónimo de “*le hibou*” (el búho)²⁶, pues se siente identificado con ese ave de la noche que, de acuerdo a sus fantasías, espía las orgías nocturnas de París²⁷. Pero tal vez eligió ser búho también por asimilar su propia fealdad con la imagen de aquél:

Queda mi persona. Este “yo” es un ser especial sobre el que he de decir algunas palabras.

Hay que imaginarse un hombre diminuto, de apostura tan torpe que parece deforme. De aspecto triste y soñador, la cabeza enterrada entre dos altas espaldas, el paso vago e indeterminado como un vivo retrato de un acéfalo de la Guayana (p. 30).

En *El Descubrimiento Austral*, paisaje y medio ambiente participan de los sentimientos del autor, y resultan ser proyecciones subjetivas de sus sueños prerrevolucionarias, rebosantes de libertad y justicia. Pero, simultáneamente, aparecen como datos previos que condicionan y configuran el carácter de los personajes y sus emociones:

Volví con frecuencia a la campiña a soñar con el proyecto de raptar a Cristina, mientras disfrutaba de la libertad de espíritu que da el contacto con la naturaleza (p. 37).

Victorino buscaba la soledad, y cuando se encontraba en la hermosa campiña, entre las colinas coronadas de bosques, parecía respirar el aire de la libertad, de la antigua y dulce igualdad (p. 35).

En otras palabras, “Los prejuicios de clase y el orgullo carecían del medio ambiente favorable para mantener esta actitud” (p. 63). Es decir que en el pensamiento retiviano, no sólo el individuo se proyecta en el espacio; éste también se proyecta en el individuo. No debemos perder de

vista que psiquis y Naturaleza son lo mismo, por lo tanto, el ambiente traslada al hombre sus propias características, creando las condiciones para el surgimiento de determinadas actitudes :

Lo impresionó la belleza de la juventud, producto sin duda, de la nitidez del aire y de la ausencia de pasiones impuras, pues la belleza y la bondad son dones naturales en el hombre (p. 82).

[...] pues nada conduce mejor al hombre a su estado natural que una campiña agreste, bordeada de bosque, sobre todo si asciende a una colina. Se produce entonces un sentimiento desconocido, en especial si se habita en la ciudad, donde todo lleva el estigma de la defensa y del hastío (p. 35).

Victorino, el protagonista, se pregunta “¿Será preciso que los hombres se asocien en pequeñas comunidades para ser felices?” (p. 73)²⁸ porque reconoce su “alrededor”, su entorno inmediato, como el factor que puede orientar la conducta de su comunidad hacia la virtud. La extensión espacial se torna definitivamente un escollo en la conciencia del autor:

Contemplad la virtud en el Monte Inaccesible ; ella es natural y repito, en toda sociedad restringida en su núcleo, en la que los individuos sean pariguales, se conozcan entre sí y tengan necesidad los unos de los otros, sus miembros son necesariamente virtuosos (p. 73).

El entendimiento queda atado a datos naturales como el territorio – que adquieren el valor de verdaderas fuerzas históricas– configurando un espacio geográfico reducido y distintivo para la comunidad.

A modo de conclusión

El filósofo alemán Emmanuel Kant sostenía que el lema del siglo XVIII debería ser “atreverse a conocer”. Como tuvimos posibilidad de observar, la Ilustración más que una doctrina fue un método de pensamiento que se correspondía con un estado espiritual cuya aspiración consistía en renovar definitivamente y globalmente el conocimiento, librándolo de prejuicios, supersticiones y verdades reveladas para reconstruirlo a partir de la observación y la experimentación directa. La cuestión de

fondo no era “qué” se estudiaba sino “cómo”, es decir, la estructura y legitimidad del conocimiento. Absolutamente todo debía y podía ser estudiado y criticado constantemente, incluso las nuevas ideas, lo cual impulsó el saber hacia distintas direcciones. Las mentes estaban sedientas de novedad. Se afirmaba, en este contexto, la necesidad de difundir las ideas entre la mayor cantidad de población en la menor cantidad de tiempo posible: el periódico, el diario, nacido a principios del siglo XVIII, en la época de Réstif había alcanzado formas modernas²⁹. El “progreso” era entendido como una simple acumulación y distribución de conocimientos, una “difusión de la razón”. Y es justamente nuestro autor quien parece encarnar esta aspiración del siglo: la novela utópica *El Descubrimiento Austral* está redactado en forma continua, sin división por capítulos; toda ella es una acumulación sin pausa de anécdotas, hechos y discursos, como si el autor tuviera apuro por comunicar un mensaje porque escribe de prisa, dejando la sensación de que nunca borra ni tacha, pero sí de que siempre agrega y acumula.

Este clima intelectual explica, en primer lugar, las inconsistencias y contradicciones de los pensadores de la centuria ; en segundo lugar, el hecho de que en Réstif -que no se destaca como filósofo- convivan tres percepciones de espacio, sucesivas en el tiempo, y paralelamente se encuentre en condiciones de expresar ideas como las vertidas en *El Descubrimiento Austral* y analizadas en este artículo, que se adelantan a movimientos del siglo XIX como el Socialismo Utópico, el Romanticismo y el Nacionalismo³⁰.

En conclusión, el proceso histórico de la Ilustración que hemos observado, está constituido por virajes sutiles e imperceptibles de un pensamiento acumulativo que avanza sobre sí mismo atravesado en todas sus momentos por un método común de pensamiento, que se replantea todo permanentemente pero sin abandonar los criterios previos. Repasemos brevemente. El primer logro del siglo fue hacer conciente al hombre del poder de su razón para conquistar y dominar la Naturaleza. Esta confianza derivaría en la idea de “difusión de la razón” que supone un progreso indefinido, porque los conocimientos acumulados traerían siempre soluciones pero nunca nuevas inquietudes. Estos enfoques corresponden a una concepción abstracta del espacio entendido como pura extensión susceptible de ser explorada en toda su amplitud. La etapa

siguiente no abandona este supuesto, pero lo relativiza. Es que con el avance de la centuria, los pensadores advirtieron la inmensidad de la Naturaleza y el Universo, y por lo tanto, la imposibilidad de explorarlo en toda su extensión y descubrir todas sus leyes. Pero como las cosas existen porque está el hombre para percibirlas, y lo que piensa éste sí es accesible, supusieron que una “ciencia del hombre”, que estudiara su mente, uniría en un solo punto todas las ramas del conocimiento, aspiración esbozada ya por Francis Bacon. El hombre es reivindicado como el primer objeto del conocimiento, en tanto que sujeto capaz de dominar la Naturaleza ateniéndose a la información que transmiten sus sentidos. Este enfoque corresponde a una percepción utópico-centralista, que limita el espacio en torno a un ojo único, buscando la visibilidad total de este (entendido ahora como realidad mensurable) dentro de ese límite.

En consecuencia, intenta experimentar con las posibilidades paralelas de la realidad para erradicar sus puntos oscuros aplicando la razón a todos los aspectos de la vida humana. A fines del siglo XVIII, a partir aproximadamente de 1770, como consecuencia lógica de ésta exaltación creciente de las potencialidades de las personas, y frente a la exigencia de visibilidad total, progresivamente los pensadores de la transición hacia el siglo XIX como Rústic, dejan de buscar los principios del orden universal en el mundo exterior y comienzan a explorar todos los rincones de la psiquis humana donde se encuentran con distintas fuerzas que actúan y que sobrepasan la esfera de lo puramente racional. Basándose en esto, construyen una imagen unitaria del hombre como totalidad, reflejo finito del Universo infinito. El pensamiento se vuelve sobre sí mismo para dirigirse al mundo de los objetos externos, y en un mismo acto encuentra la verdad de la Naturaleza y su propia verdad. Finalmente, este enfoque reduce el espacio y lo hace el núcleo de la vida humana, hasta transformarlo en una realidad vivida íntimamente e indisolublemente unida al hombre.

NOTAS

¹ La mayoría de los intelectuales ha supuesto que el término “Utopía”, utilizado por primera vez por Tomás Moro en su obra *De Optimo Republicae Statu Duque Nova Insula Utopia*, y con el que se bautizó un tipo de sociedad ideal en la cual los conflictos quedaban superados, provenía del griego *ou* (prefijo que sirve para expresar una negación en general), y *topos* (lugar) y que significaría entonces “en ningún lugar”. Sin embargo, estudiosos del tema, como por ejemplo Llatzer Bria y Preau en la obra titulada *Tomás Moro*, entre otros, han concluido que el término proviene de *eu*, es decir que significaría “buen lugar”, lo que reforzaría la idea de la Utopía como posibilidad futura, frutos de los esfuerzos de la razón por experimentar con las posibilidades que se le escapan a la realidad.

² “La literatura [...] ha representado un papel preponderante en el diseño de la identidad, puesto que es a la vez reflejo y configuración de esa concepción global que toda cultura conlleva. Es el lugar donde la identidad se imprime, organiza y expresa como experiencia viva, como diseño simbólico capaz de involucrar un mundo total en movimiento”. Claudio Maíz. “Fronteras espaciales y fronteras culturales. La experiencia novecentista”. En: Revista *UNIVERSUM*. N° 15. Talca, Universidad de Talca, 2000, p. 162.

³ El Jansenismo era un movimiento de reforma religiosa que se dio dentro de la historia de la Iglesia Católica, sobre todo en Francia durante los siglos XVII y XVIII. El nombre del movimiento fue tomado del teólogo flamenco y obispo de Ypres. Jansenio, cuyas ideas fueron resumidas en el tratado *Augustinus* (1640). Basándose en la interpretación más estricta de un aspecto de la filosofía de San Agustín de Hipona, Jansenio defendía la doctrina de la predestinación absoluta. Mantenía que todos los individuos son incapaces de hacer el bien sin la ayuda de la gracia divina; están destinados por Dios para ser salvados o condenados, y al final, sólo unos pocos serán los elegidos.

⁴ Réstif de la Brétonne. *El Descubrimiento Austral o El Dédalo Volador*. Santiago de Chile, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, Centro de Investigación de Historia Americana, Serie Curiosa Americana N° 1, 1962, p. 120. En adelante se citará por esta edición, indicando el número de página.

⁵ Esto, sumado a sus inclinaciones bisexuales, lo llevó a contraer todo tipo de enfermedades venéreas y lo condujo finalmente a la impotencia.

⁶ Margarita Bravo de Zarco. “Un utópico finisecular entre la Libertad y la Igualdad: Retif de la Bretonne”. Material sin editar.

⁷ J. P. De Beaumarchais; A. Couty y D. Rey. *Dictionnaire des Littératures de Langue Française*. París, Bordas, 1984, Tomo III, p.1909.

⁸ Desde la tercera isla hasta la decimonovena encontramos hombres-mono, hombres-perro, centauros, etc. La isla número uno, en cambio estará habitada por los Hombres de la Noche, la dos por los Patagones, gigantes que viven de acuerdo con las leyes naturales, y la número veinte, por los Megapatagones, seres superiores no sólo física -se trata nuevamente de gigantes- sino también intelectualmente.

⁹ No todo se perdió en este período. Los restos de las investigaciones griegas en el campo de las ciencias físicas se irán transmitiendo de manera parcial y fragmentaria, pero como herencia inerte, es decir, en sentido de mera repetición sin crecimiento ni progresos. Casi nulo fue el aporte positivo que a estas ramas del saber aportó la Edad Media. Sintieron ante todo la estima hacia el libro y la erudición, el respeto a la letra escrita, que se traducía en veneración hacia la “autoridad”. Saber consistía en leer los escritos de los “autores” (*autoritas*). Se sabía medicina estudiando en los libros de Hipócrates o Galeno, astronomía en los de Ptolomeo, geometría en los de Euclides, etc..

¹⁰ Paul Zumthor. *La medida del mundo*. Madrid, Cátedra, 1994, p. 312 .

¹¹ *Ibid.*, p. 397.

¹² En el Renacimiento la ciencia no presenta progresos en grado paralelo al de la creación artística y cultural. Una explicación podría encontrarse en el hecho de que, a pesar del patente cambio de actitud que ya empieza a tomar fuerza, faltaban entonces las condiciones y actitudes mentales precisas, porque los espíritus estaban todavía fuertemente aferrados a la imagen del Universo proporcionada por los sabios antiguos. La influencia de la concepción aristotélica, un sistema muy elaborado y repensado durante siglos, pesaba mucho aún en eruditos de los siglos XV y XVI. Cuando la ciencia del Renacimiento trató de corregir o contradecir a Aristóteles lo hizo basándose en otros sabios de la Antigüedad (Ptolomeo, Platón y los neoplatónicos, los gnósticos). La tendencia investigatoria del Renacimiento conduce a una contemplación

irracional de la naturaleza, es decir a la observación de lo concreto, sin ningún esfuerzo de abstracción. Paradójicamente, durante este periodo se destaca la figura de Leonardo da Vinci. Su curiosidad por los secretos de la naturaleza le hizo anticiparse a descubrimientos importantísimos. Realizó observaciones de física, mecánica, fisiología, botánica, geología, paleontología, etc. Incluso, formuló y practicó el método experimental cien años antes que Bacon. En tanto hombres culturalmente en transición, tenían un pie en la cultura teocéntrica medieval que finalizaba y la cultura antropocéntrica moderna que se inauguraba.

¹³ Franklin Baumer. *El pensamiento europeo contemporáneo. Continuidad y cambio en las ideas*. Traducción de Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 44.

¹⁴ Saber física no consistiría ya en conocer e interpretar a Aristóteles, sino que sería el resultado del estudio directo de la naturaleza.

¹⁵ Franklin Baumer. *Op. cit.*, p. 142.

¹⁶ Si bien no puede considerarse simplemente como una parte del pensamiento ilustrado, el Neoclasicismo es fruto indiscutido de sus impulsos. Dicho movimiento responde a la visión cíclica de la historia propia de la Ilustración: para que se produzca un ciclo de decadencia, caída y resurgimiento (en el cual creían encontrarse los pensadores del siglo XVIII), necesariamente tenía que haber existido un período de esplendor pretérito, que parecen haber asimilado con la antigüedad clásica. Luego de las revoluciones francesa y norteamericana, y cuando ya se habían instalado sus respectivas repúblicas, los nuevos gobiernos adoptaron sus cánones como estilo oficial ya que relacionaban la democracia con la antigua Grecia y la República romana. Esto no significa que existiera una admiración ilimitada hacia la antigüedad; creían que sus pensamientos sobre la libertad y la democracia eran más acertados que el de los antiguos, gracias a los nuevos métodos de conocimiento. Por ese motivo, en el aspecto político, y del conocimiento en general, no se buscaba fomentar un resurgimiento de las formas antiguas, sino relacionar los hechos del pasado con acontecimientos de su propio tiempo. En definitiva, más que admiración a los antiguos se les dispensaba sobre todo “reconocimiento”.

¹⁷ Ricardo Cichercia. “De diarios, mapas e itinerarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad”. Ponencia presentada en el *19 th. International Congress of Historical Sciences*. Universidad de Oslo, del 6 al 13 de agosto de 2000, p. 2.

¹⁸ Dos hechos durante ese siglo actualizaron el interés sobre los sectores patagónicos en especial y América en general. En primer lugar, el primer viaje del celebre capitán James Cook que tuvo lugar entre 1768 y 1771, durante el cual bordeó Tierra del Fuego y atraviesa Cabo de Hornos, tomando rumbo posteriormente hacia la prácticamente inexplorada Polinesia en el sector meridional del Pacífico, y más precisamente en Tahití. Por otro lado, las noticias provenientes de EE.UU. que hacia finales del siglo estaba en plena guerra de independencia contra Inglaterra. Este país lejano y aislado de Europa, comienza a ser más conocido en todo el Viejo Continente y muy especialmente en Francia, su eventual aliada. Las novedades que desde allí llegaban mostraban la imagen de una sociedad de hombres iguales, trabajadores y soberanos, capacitados para gobernarse a sí mismos y dispuestos a defender su libertad. Aquel espectáculo, desfigurado por la distancia, estaba lleno de maravillosas sugerencias.

¹⁹ Locke ya había colocado en un lugar central de toda su filosofía empírica la misma cuestión, porque su empirismo contiene una tendencia conscientemente “crítica”. A la determinación del objeto de la experiencia debe preceder la investigación de su función. No debemos dirigirnos con nuestro conocimiento a cualquier objeto para tratar de indagar su naturaleza, sino que el primer problema consistirá en determinar qué clase de objetos son adecuados al conocimiento y determinables por él. No se puede resolver esta cuestión, ni lograr la visión exacta de la específica peculiaridad del entendimiento humano más que si medimos su ámbito, todo el dominio que le es propio.

²⁰ Se trata a la vez de dividir el espacio y dejarlo abierto, separando cuidadosamente a los individuos, cosas o cuerpos que deben ser observados.

²¹ Aunque el poder tendiera a dirigir una multiplicidad de personas, debía ser tan eficaz como si se aplicara a una sola.

²² “El ojo del poder”. Entrevista con Michel Foucault. Traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. Barcelona, La piqueta, 1980.

²³ Ricardo Cicerchia. *Op. cit.*, p. 5.

²⁴ La tendencia empirista fuertemente arraigada en las mentes desde el siglo anterior, con su búsqueda del dominio de la naturaleza, potencialmente creaba una imagen del mundo, en el cual el hombre podía seguir desarrollándose espiritualmente, pero que aparecía más como el lugar donde este ejercitaba sus potencialidades. Newton y Locke, sin embargo, utilizaban los nuevos por ellos cimentados con la idea de confirmar la sabiduría antigua y las enseñanzas

bíblicas, no por medios discursivos, sino prácticos. Pero es indudable que el nuevo método afectaría la forma de entender el mundo, y por ello las generaciones posteriores fluctuaron hacia diversas posturas dentro de esta visión, más allá o más acá de Dios.

²⁵ Marta Pena. *El Romanticismo político en Hispanoamérica*. Buenos Aires, Editorial Docencia, 1985, p. 38.

²⁶ Margarita Bravo de Zarco. *Op. cit.*

²⁷ Ya dijimos que en sus novelas Réstif incorpora personajes que pertenecen a la burguesía rural o de la ciudad y al proletariado, hasta ese momento excluidos de los grandes géneros literarios. Pero para conocer la naturaleza del “populacho”, necesita vivir con ellos, transformándose en testigo de sus desgracias y su promiscuidad. En *El Espectador Nocturno*, describe sus recorrido por alcobas, prostíbulos y demás ambientes marginales: va por las calles de París listo para cumplir con sus inclinaciones, pero con la angustia que le provoca sus contradicciones internas. De este modo, con la excusa de la necesidad de objetividad para conocer la naturaleza del pueblo, satisface su propia naturaleza sexual. Aunque, reiteramos, se justifica afirmando –como hará explícitamente en su obra la Anti-Justine- que sus experiencias sexuales las lleva a cabo como muestras prácticas de lo que el hombre no debe hacer.

²⁸ Esta idea también es desarrollada por Jean Jacques Rousseau en el “Proyecto de Constitución de Córcega”.

²⁹ Crane Brinton. *Las ideas y los hombres. Historia del pensamiento de Occidente*. Traducción y prólogo de Agustín Caballero Robredo. Madrid, Aguilar, 1952, p. 460.

³⁰ No hay en Réstif un desarrollo profundo del pensamiento; es un hombre de pocas ideas, pero fijas, tenaces y claras, fruto de la profunda admiración hacia autores como Rousseau y Buffón. Sin embargo, Jean Servier –en una de las pocas alusiones que hemos encontrado sobre este autor en la bibliografía especializada- escribe: “Las ideas políticas o filosóficas de Restif de la Bretonne no representan, que digamos, la parte más notable de su obra ; las hay más atrevidas y declaradamente revolucionarias. Sin embargo, fue el primero en asociar el devenir del hombre al descubrimiento del universo, y el progreso humano a la ciencia. Estas nociones, están apenas esbozadas en su obra, probablemente no se hallaba capacitado para formularlas de modo tan preciso. Pero pronto se convertirán en la expresión de un nuevo momento del

pensamiento de Occidente, un nuevo sueño”. Jean Servier. *Historia de la Utopía*. Traducción de Pierre de Place. Venezuela, Monte Ávila, 1969, p. 141.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMER, Franklin. *El pensamiento europeo contemporáneo. continuidad y cambio en las ideas*. Traducción de Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- BEAUMARCHAIS, J. P. de y COUTY A. REY, D. *Dictionnaire des Littératures de Langue Française*. París, Bordas, 1984. Tomo III.
- BRAVO DE ZARCO, Margarita. “Un utópico finisecular entre la Libertad y la Igualdad : Retif de la Bretonne”. Material sin editar.
- BREHIER, Emile. *Historia de la Filosofía*. Traducción de Juan Antonio Pérez Millán y María Dolores Morán. Madrid, Técnos, 1988.
- BRINTON, Crane. *Las ideas y los hombres. Historia del pensamiento de Occidente*. Traducción y prólogo de Agustín Caballero Robredo. Madrid, Aguilar, 1952.
- CICERCHIA, Ricardo. “De diarios, mapas e itinerarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad”. Ponencia presentada en el *19 th. International Congress of Historical Sciences*, Universidad de Oslo, del 6 al 13 de agosto de 2000.
- COLLINGWOOD, Robin G. “*Idea de la Naturaleza*. Traducción y nota preliminar de Eugenio Imáz. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- COMELLAS, José Luis. *De las Revoluciones al Liberalismo. La época de las Revoluciones 1776-1830*. En: *Historia Universal*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1984. Tomo X.
- DE LA BRETONNE, Réstif. *El Descubrimiento Austral o El Dédalo Volador*. Santiago de Chile, Facultad de Filosofía y Educación. Universidad de Chile, Centro de Investigación de Historia Americana, Serie Curiosa Americana

RÉSTIF DE LA BRETONNE

- Nº1, 1962. "El ojo del poder". Entrevista con Michel Foucault. Traducción de Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría. Barcelona, La Piqueta, 1980.
- FRAILE, Guillermo. *Historia de la Filosofía*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966. Tomo III.
- GINSBERG, Morris. "Evolución, Desarrollo y Progreso (1923-1963)". En: *Revista de Occidente*. Números 8 y 9, Madrid, Noviembre-diciembre, 1963, pp. 215-230.
- HAZARD, Paul. *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*. Madrid, Pegaso, 1952.
- KOLAKOWSKI, Leszek. *El racionalismo como ideología*. Traducción de Jacobo Muñoz. Barcelona, Ariel, 1970.
- MAIZ, Claudio. "Fronteras espaciales y fronteras culturales. La experiencia novecentista". En: *Revista UNIVERSUM*. Nº 15, Talca, Universidad de Talca, 2000.
- MANUEL, Frank y MANUEL, Fritzie. *El pensamiento utópico en el mundo occidental*. Traducción de Bernardo Moreno Carrillo. Madrid, Taurus, 1981. Tomos I, II y III.
- NUÑEZ LADEVEZE, Luis. "De la utopía clásica a la distopía actual". En: *Revista de Estudios Políticos*. Nº 44, marzo-abril, 1985, pp. 47-80.
- PENA, Marta. *El romanticismo político en Hispanoamérica*. Buenos Aires, Editorial Docencia, 1985.
- QUINTA DE KAUL, Cristina. "Milenio y utopía. Notas acerca de su significación política". En: *Sociedades humanas entre el ayer y el mañana*. Mendoza, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 1999.
- ROJO, Roberto (compilador). *Los mundos posibles: ensayo sobre la utopía*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1993.
- SERVIER, Jean. *Historia de la utopía*. Traducción de Pierre de Place. Venezuela, Monte Ávila, 1969.
- VAZQUEZ DE PRADA, Valentín. *Renacimiento, Reforma. Expansión europea*. En: *Historia Universal*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1984. Tomo VII.

ZUMTHOR, Paul. *La medida del mundo*. Madrid, Cátedra, 1994.